

**Sumario:**

*Una necesidad sentida hoy es la de reconocer que la formación sacerdotal y religiosa no termina nunca. Ya que se trata de llegar "a la madurez de la plenitud de Jesucristo", el trabajo formador en esta línea ha de ayudar a fortalecer, profundizar y avanzar en torno a tres preguntas: "¿Quién Soy yo?; Con quién estoy? Y Para qué estoy?".*

La dimensión humana  
en la formación para  
la vida ministerial de  
sacerdotes y religiosos

Dr. Gastón de Mézerville

*Docente Seminario San Agustín, San José, Costa Rica.*

**E**n el primer capítulo de mi libro *Madurez Sacerdotal y Religiosa: Un enfoque integrado entre Psicología y Magisterio* (CELAM, 1999), sostengo la tesis de que psicólogos y pastores tienen un compromiso común de apoyar el crecimiento de las personas hacia su plena madurez humana. Si bien esta madurez puede ser conceptualizada en términos psicológicos o religiosos, a menudo aparentemente excluyentes entre sí, el psicólogo cristiano está llamado a recoger los puntos de convergencia entre ambas visiones del mundo, tras la búsqueda de una síntesis que permita una comprensión más completa del proceso y los alcances que caracterizan el fenómeno de la madurez en el hombre. Este mismo razonamiento aplica, de manera muy concreta, a la formación hacia la madurez sacerdotal y religiosa, cuya dimensión humana fue bastante relegada por mucho tiempo en seminarios y noviciados, aunque hoy en día viene cobrando nueva fuerza, al confirmarse su enorme trascendencia en conjunción con las demás áreas de la formación.

## **Un enfoque psicológico y magisterial sobre la madurez**

Con el propósito de fundamentar el concepto de madurez desde una perspectiva psicológica, pero que sea a la vez compatible con las enseñanzas del Magisterio de la Iglesia, conviene profundizar en los aportes de los renombrados psicólogos Erik Erikson y Víctor Frankl, quienes han dejado una huella profunda en la Psicología contemporánea.

22

Erik Erikson, como psicólogo de corte psicodinámico e investigador del desarrollo humano en diversas culturas, propone una teoría evolutiva de la personalidad en términos de ocho etapas sucesivas de tipo psicosocial, que caracterizan el crecimiento humano desde la primera infancia hasta la ancianidad. Dentro de este contexto, y con

el fin de analizar el proceso de maduración de la personalidad adulta, resulta particularmente relevante considerar las fortalezas que Erikson plantea para las etapas de la adolescencia, así como de la adultez joven y establecida, en las áreas concernientes a la búsqueda de la identidad, la intimidad y la generatividad.

En cuanto al primero de estos criterios de madurez, Erikson considera que la persona, durante su vida, necesita ir adquiriendo un sentido de identidad personal, que le permita superar la confusión sobre sí mismo y que dé respuesta adecuada a la pregunta de “¿quién soy yo?”, en todas sus posibles resonancias: como persona única e irrepetible, como adulto, como hombre o mujer, como elemento útil de su colectividad, como esposo, padre o amigo potencial, y, en el caso del creyente cristiano, como hijo de Dios y miembro de su pueblo escogido, la Iglesia, según su llamado específico a la vida laical o a la consagración sacerdotal o religiosa.

De esta manera, es sobre la fortaleza del ‘sentido de identidad’ que se fundamenta el ‘sentido de pertenencia’ o intimidad. Erik Erikson lo explica con las siguientes palabras: “La fortaleza adquirida en cualquier etapa se pone a prueba ante la necesidad de trascenderla de modo tal que el individuo pueda arriesgar en la etapa siguiente lo que era más vulnerablemente precioso en la anterior. Así, el adulto joven, que surge de la búsqueda de identidad y la insistencia en ella, está ansioso y dispuesto a fundir su identidad con la de otros. Está preparado para la intimidad, esto es, la capacidad de entregarse a afiliaciones y asociaciones concretas y de desarrollar la fuerza ética necesaria para cumplir con tales compromisos, aún cuando estos pueden exigir sacrificios significativos” (Erikson, 1966, p. 237).

En este punto, por lo tanto, se le plantea a la persona una opción entre la intimidad y el aislamiento. De la fortaleza generada en las etapas anteriores, dependerá en mucho la capacidad de entrega del individuo en relaciones de compromiso de muy diversa naturaleza, tales como el matrimonio, la paternidad, el compañerismo o la amistad, la acción desinteresada en bien de los semejantes y, en última instancia para el creyente, la entrega total de su vida por amor a Dios.

Esta capacidad de entrega íntima y personal, que Erikson plantea como el máximo reto en la vida del joven adulto, conduce al individuo

a la siguiente etapa evolutiva, la cual guarda una estrecha relación con su predecesora: La etapa de la generatividad. Quien ha hallado su propia identidad —‘¿quién soy yo?’—, y, en consecuencia, ha desarrollado la aptitud para la reciprocidad —‘¿con quién estoy yo?’—, se convierte entonces en una persona capaz de generar vida —‘¿para qué estoy yo?’—. En este sentido, Erikson afirma que “el hombre maduro necesita sentirse necesitado, y la madurez necesita la guía y el aliento de aquello que ha producido y que debe cuidar. La generatividad, entonces, es en esencia la preocupación por establecer y guiar a la nueva generación, aunque hay individuos que, por alguna desgracia o debido a dotes especiales y genuinas en otros sentidos, no aplican este impulso a su propia descendencia” (Erikson, 1966, p. 240). En esta etapa de la generatividad, la persona busca superar un estado de estancamiento para trascenderse a sí misma y dejar su huella en la existencia, ya sea procreando un hijo, escribiendo un libro o plantando un árbol, según lo expresa la sabiduría popular. Es así, entonces, que la persona se enriquece en el acto mismo de enriquecer al mundo.

Por otra parte, conviene considerar también la contribución del psicólogo Víctor Frankl, fundador de la llamada ‘Tercera Escuela Vienesa de Psicología’, quien ofreció una aportación muy valiosa a la comprensión psicológica del ser humano, como complemento a la de sus otros dos formidables predecesores: Sigmund Freud y Alfred Adler. Por consiguiente, Frankl, como psicólogo humanista, se propuso ofrecer una visión más completa del hombre desde una perspectiva que incluía lo espiritual. Frankl, al sostener que el elemento realmente fundamental en el hombre es su voluntad de sentido, trasciende los conceptos de ‘principio del placer’ y ‘principio del poder’, propuestos por Freud y Adler, respectivamente, como los principales motivadores de la conducta humana. Para Víctor Frankl, “la búsqueda de significado en el hombre es la fuerza primaria en su vida y no una ‘racionalización secundaria’ de sus impulsos instintivos” (Frankl, 1973, p. 154). En consecuencia no es el instinto el que debe guiar a la persona hacia la búsqueda del significado en la vida, sino el espíritu, cimentado este en creencias, valores y tradiciones fuertes, capaces de llenar el vacío del hombre.

En conclusión, y fundamentados en los aportes de Erik Erikson y de Víctor Frankl, se puede afirmar que una persona madura es

aquella que, al considerarla en un momento determinado de su vida, va desarrollando un sano sentido de identidad, un cálido sentido de pertenencia y fraternidad con sus semejantes, y un sólido sentido de misión como significado último de su existencia.

Finalmente, existe una extraordinaria coincidencia entre estos conceptos propuestos por Erikson y Frankl, con el desarrollo temático de la exhortación apostólica de Juan Pablo II *Christifideles laici*—así como el de sus posteriores documentos *Pastores dabo vobis* y *Vita Consecrata*—. Al definirse aquí la vocación particular y la misión específica de los laicos en la Iglesia y en el mundo, se proponen tres bases fundamentales sobre las que se sostiene la realidad del laicado, y que corresponden respectivamente al contenido de cada uno de los tres primeros capítulos de la citada exhortación apostólica, a saber: “1. La dignidad de los fieles laicos en la Iglesia-Misterio... 2. La participación de los fieles laicos en la vida de la Iglesia-Comunión... 3. La Corresponsabilidad de los fieles laicos en la Iglesia-Misión” (*Christifideles laici*, 1988). Estos tres fundamentos, que coinciden con los conceptos psicológicos de ‘identidad’, ‘intimidad’ y ‘generatividad’, presentados más arriba, nos permiten una mejor comprensión de la madurez humana y cristiana que propone la Iglesia Católica para cada uno de sus fieles, haciéndola extensiva posteriormente a los sacerdotes (*Pastores dabo vobis*, 1992), así como a los religiosos y religiosas (*Vita Consecrata*, 1996), dentro de sus particulares llamados vocacionales en el ámbito eclesial.

## La formación para una madurez humana integral

Con el fin de aplicar estos conceptos de madurez al área de la formación humana en seminarios y noviciados, es preciso retomar esta misma triada conceptual eriksoniana de identidad, intimidad y generatividad, asociándola a su vez con otros parámetros de madurez, propuestos por la Psicología y el Magisterio, en las dimensiones humana, ministerial y formativa (Ver Cuadro de Conceptos).

Por lo tanto, se consideran a continuación tres procesos, desarrollados por el autor, en las áreas de la autoestima, el afecto y la adaptación al estrés, los cuales permiten correlacionar la madurez con el

buen ajuste a la vida, en todo lo concerniente a las relaciones de la persona consigo misma, con los demás, y a su manera de enfrentar los desafíos y demandas que le plantea la existencia. En cada uno de estos ámbitos debe profundizarse también en la esfera psicosexual, definiéndose entonces la madurez sexual y afectiva como el logro gradual de una adecuada identidad, mutualidad e integración psicosexual, por parte del seminarista o novicio(a), sacerdote o religioso(a), en las dimensiones cognitiva, emocional, social y moral de su personalidad.

## **El proceso de la autoestima**

Debido a la necesidad de promover una sana autoestima en seminaristas y novicios(as) como parte de su formación humana, es preciso incluir dentro del ámbito de la estima personal elementos actitudinales tales como una apropiada autoimagen, autovaloración y autoconfianza, complementados a su vez por elementos conductuales observables en las áreas del autocontrol, la autoafirmación y la autorrealización. Así, dentro del contexto de un enfoque propio, denominado "Proceso de la autoestima", esta se define como la percepción valorativa y confiada de sí mismo, que motiva a la persona a manejarse con propiedad, manifestarse con autonomía y proyectarse satisfactoriamente en la vida. Analicemos, pues, cada uno de estos elementos, para aplicarlos al campo de la formación sacerdotal y religiosa:

### **1. La autoimagen**

La autoimagen consiste en la capacidad de verse a sí mismo, no mejor ni peor, sino como la persona realmente es. El mayor problema en esta área es el autoengaño, que puede caracterizarse por una visión ya sea de inferioridad o de superioridad, impidiéndole a la persona, en cualquiera de ambos casos, el tener una imagen realista de sus propias cualidades y defectos. La meta por alcanzar en relación con la autoimagen consiste en la búsqueda del conocimiento propio, de manera que el individuo pueda crecer en su capacidad de percibir equilibradamente tanto los elementos positivos como negativos de su personalidad.

**Cuadro de Conceptos**

	DIMENSIÓN HUMANA		DIMENSIÓN MINISTERIAL		DIMENSIÓN FORMATIVA	
Identidad	<p>SANA AUTO ESTIMA</p> <ul style="list-style-type: none"> <li>- auto imagen</li> <li>- auto confianza</li> <li>- auto valoración</li> <li>- auto control</li> <li>- auto afirmación</li> <li>- auto realización</li> </ul>	<p>IDENTIDAD PSICOSEXUAL</p> <ul style="list-style-type: none"> <li>- Cognitiva</li> <li>- Emocional</li> <li>- Social</li> <li>- Moral</li> </ul>	SENTIDO DE MISTERIO	<p>CELIBATO como opción LIBRE, en el contexto de una SOLEDAD APACIBLE</p>	MODELO DE IDENTIDAD SACERDOTAL Y RELIGIOSA	<p>FORMADOR DE MADUREZ HUMANA Y ESPIRITUAL</p>
Intimidad	<p>CAPACIDAD DE DAR Y RECIBIR AFECTO</p> <ul style="list-style-type: none"> <li>- Empatía</li> <li>- Respeto</li> <li>- Autenticidad</li> </ul>	MUTUALIDAD PSICOSEXUAL	SENTIDO DE COMUNIÓN	<p>CELIBATO como CANALIZACIÓN sana de la AFECTIVIDAD, en el contexto de una INTERACCIÓN AFECTUOSA</p>	MODELO DE FRATERNIDAD SACERDOTAL Y RELIGIOSA	<p>FORMADOR DE MADUREZ COMUNITARIA</p>
Generatividad	<p>BUEN MANEJO DEL ESTRÉS</p> <ul style="list-style-type: none"> <li>- Objetivar</li> <li>- Controlar</li> <li>- Interpretar</li> </ul>	INTEGRACIÓN PSICOSEXUAL	SENTIDO DE MISIÓN	<p>CELIBATO como opción FUNDAMENTAL Y SIGNIFICATIVA, en el contexto de un PROPÓSITO VITAL existencialmente realizante</p>	MODELO DE CARIDAD PASTORAL	<p>FORMADOR DE MADUREZ ACADÉMICA Y PASTORAL</p>

## **2. La autovaloración**

La autovaloración es apreciarse como una persona importante para sí misma y para los demás. En este sentido, la dificultad que manifiestan muchas personas con baja autoestima es la autodevaluación, asociada quizás con sentimientos de autorrechazo e indignidad personal, lo que gravemente afecta su capacidad para apreciar el significado positivo de sus vidas. Ante este tipo de problema la meta de superación consiste en definir medios adecuados que satisfagan la necesidad de la persona de verse positivamente, de forma que le preste un mayor valor y atención a aquellas dimensiones de su personalidad que son realmente importantes, tanto ante sí misma como ante los demás.

## **3. La autoconfianza**

La autoconfianza se caracteriza por creer que uno puede hacer bien distintas cosas y sentirse seguro al realizarlas. El problema en esta área, por lo tanto, se conceptualiza como la inseguridad personal, unida a sentimientos de incapacidad e impotencia, que repercuten en reacciones de ansiedad, duda y congoja, ante una buena cantidad de las cosas que se emprenden. A este respecto, la meta de superación del individuo consistirá en propiciar una actitud realista de fe en sí mismo, así como en sus propias capacidades personales, junto a una disposición de ejercitarlas de maneras adecuadas para crecer en ellas gradual y satisfactoriamente.

## **4. El autocontrol**

El autocontrol consiste en manejarse de forma apropiada como persona, cuidándose, dominándose y organizándose bien en la vida. Esto implica, en términos prácticos, la capacidad de ordenarse adecuadamente y ejercer el tipo de dominio propio que fomenta el bienestar del individuo y, complementariamente, del grupo a que se pertenece. El principal problema, en estos casos, se manifiesta en una situación de descontrol general, particularmente en las áreas del cuidado personal —en cualquiera de ambos extremos: autodescuido o sobrecuidado—, caracterizado por hábitos indisciplinados de vida y por una falta de habilidad para organizarse tras la búsqueda de las metas





deseadas. Ante esta realidad el cambio que se persigue consiste en la adopción de mejores hábitos de cuidado personal y de patrones de conducta que reflejen una buena disciplina y organización en la vida.

### **5. La autoafirmación**

La autoafirmación puede definirse como la libertad de ser uno mismo y poder tomar decisiones con autonomía y madurez. Este concepto se caracteriza por la capacidad del individuo de manifestarse abiertamente a la hora de expresar sus pensamientos, deseos o habilidades, e incluye a otras capacidades afines tales como la autodirección y la asertividad personal. Este tipo de conductas afirmativas a menudo se ven inhibidas en las personas con baja autoestima, quienes más bien experimentan el problema de la autoanulación, reflejado en una incapacidad para manifestarse con libertad, además de una excesiva dependencia en otros cuando tienen que tomar decisiones personales o realizar diversas actividades. La meta de superación consiste en buscar formas sanas de manifestar el pensamiento y las habilidades personales ante otros, y en conducirse con autonomía, sin caer en los extremos de la sobredependencia o la autosuficiencia exageradas.

### **6. La autorrealización**

La autorrealización, finalmente, consiste en el desarrollo y la expresión adecuada de las capacidades propias, para vivir una vida satisfactoria que sea de provecho para sí mismo y para los demás. En este sentido, las personas con baja autoestima se quejan continuamente de su falta de realización personal, asociando esta queja con una sensación agobiante de estancamiento y esterilidad existencial, lo que les impide desarrollar sus áreas de potencial o realizar aquellas acciones que contribuirían a conferirle un verdadero significado a sus vidas. La meta por alcanzar ante este tipo de problemas exige que el individuo se proyecte de formas concretas a través de distintas áreas de interés, aptitud o compromiso, para así realizarse, ya sea en cosas grandes como pequeñas, y experimentar la satisfacción de ir dejando estampada, de manera personal y significativa, su huella en la existencia.

En conclusión, la aplicación de estos seis conceptos del “Proceso de la autoestima” a la tarea de la formación sacerdotal o religiosa,



pretende contribuir a que los seminaristas y novicios(as) lleguen a verse a sí mismos con claridad, percibirse con agrado y sentirse capaces de aprender y hacer bien muchas cosas. Todo esto deberá reflejarse también en una mayor capacidad de manejo personal, en poder manifestarse con libertad y autonomía, y en proyectarse mediante el desarrollo y la expresión de sus potencialidades, para así ir realizando satisfactoriamente el propósito vital de su existencia.

## **El proceso del dar y recibir afecto**

La persona madura no solo necesita ir adquiriendo una comprensión positiva sobre sí misma y una sana autoestima en cuanto a su identidad personal, para responder coherentemente a la pregunta de “¿quién soy yo?”, sino que debe complementarla con una vivencia satisfactoria que responda al interrogante de “¿con quién estoy yo?”, lo que redundará en un cálido sentido de pertenencia y fraternidad con sus semejantes. Este segundo elemento de la madurez personal, que Erikson define como el sentido de intimidad, se caracteriza operacionalmente tanto por la capacidad del individuo para dar afecto, como por su apertura para recibir el afecto que le ofrezcan otras personas significativas en su vida. Con el fin de describir los principales conceptos que entran en juego para la búsqueda de una vivencia sana en la dimensión afectiva, se propone un enfoque personal denominado “Proceso del dar y recibir afecto”.

Por consiguiente, ante problemas específicos que manifiestan algunos seminaristas o novicios(as) para dar afecto —personas ‘sobre-demandantes de afecto’—, para recibir afecto —personas a quienes ‘incomoda o avergüenza’ el sentirse queridas—, o para intercambiar afecto —personas que prefieren ‘aislarse’ para no entrar en relaciones afectivas—, es preciso plantearse cambios internos y conductuales que propicien una manera más adecuada de relacionarse con los demás, tales como los siguientes.

30

### **1. El respeto**

El respeto puede ser definido como una aceptación incondicional del otro como persona valiosa, única e irrepitible. Solo los individuos

que reflejan una disposición abierta para aceptar a los demás tal y como son, establecen vínculos suficientemente maduros como para permitir que las otras personas se relacionen con ellas de formas cálidas y significativas. En este sentido, es muy importante capacitar a los seminaristas o novicios(as) en una destreza conductual que sea expresión externa del respeto hacia los demás: 'La práctica de la atención'. El saber prestar atención a aquellos con quienes nos relacionamos constituye el primer fundamento de esta actitud de respeto básico, que resulta esencial para las buenas relaciones de afecto interpersonal. Y esto puede hacerse tanto de maneras verbales como no verbales.

## **2. *La empatía***

La empatía es la capacidad de identificarse con los demás y de ponerse en el lugar de las otras personas, lo que permite sintonizar afectivamente con quienes nos rodean y hacerlos sentirse comprendidos. Esto implica también la capacidad de reconocer los sentimientos propios y los ajenos, así como el poder expresar con palabras el sentido emocional que reflejan tales vivencias. A este respecto, es preciso enseñar a los seminaristas y novicios(as) una destreza específica denominada 'reflejo de sentimientos'. Esta consiste en poner en palabras lo que sienten los demás, como una manera práctica de manifestar esa actitud interna de empatía tan necesaria para establecer vínculos apropiados, lo que a su vez promoverá mejores relaciones para el buen intercambio afectivo en sus vidas.

## **3. *La autenticidad***

La autenticidad se caracteriza por la congruencia entre lo que las personas piensan, sienten, dicen y hacen. En las relaciones humanas es imprescindible saber qué esperar del otro, para poder así desarrollar la confianza necesaria que posibilite un intercambio profundo y significativo de afecto. Por esta razón, debe darse una prioridad especial a la comunicación de la autenticidad mediante la destreza conductual que se designa como 'expresiones de apoyo oportuno'. Así, para cultivar relaciones auténticas de interacción afectuosa, los seminaristas o novicios(as) deberán aprender a manifestar su afecto mediante gestos o detalles de solidaridad en las circunstancias

apropiadas. De manera que expresiones tan sencillas como una oración, un regalo, una carta, un servicio, una palabra de aliento o la simple presencia personal en los momentos oportunos, resultan ser vitales para las buenas relaciones humanas.

En conclusión, estas tres actitudes del respeto, la empatía y la autenticidad deberían practicarse en las distintas relaciones que cultivan los formandos(as), tanto con sus parientes o compañeros como con aquellas otras personas por quienes experimentan una corriente de admiración y aprecio.

### **El proceso de adaptación al estrés**

El individuo que ha encontrado su propia identidad, contestando a la pregunta de '¿quién soy yo?', y que ha aprendido a relacionarse de manera íntima y personal con los demás, respondiendo así al interrogante de '¿con quién estoy yo?', necesita también proyectarse significativamente en su vida, buscando una respuesta satisfactoria al dilema existencial de '¿para qué estoy yo?'. Esta necesidad de generar vida, como parte del propósito vital de toda persona madura, está también estrechamente relacionada con su capacidad para asimilar sanamente las tensiones y el desgaste que inevitablemente deberá enfrentar para el desarrollo de su misión en la existencia. En este sentido, la buena adaptación al estrés puede considerarse como uno de los parámetros más relevantes que, junto con la autoestima y la capacidad para dar y recibir afecto, contribuyen a una mejor formación en la dimensión humana de todos aquellos seminaristas o novicios(as) que aspiran a vivir una plena vida ministerial.

A este respecto, y como parte del enfoque personal denominado "Proceso de Adaptación al Estrés", resulta primordial que los formandos aprendan a asimilar sanamente los estreses naturales inherentes a una futura misión desgastante y fructífera. Asimismo, todos ellos deberán capacitarse para superar de forma apropiada las reacciones de estrés psicofisiológico que puedan experimentar por dificultades de adaptación en distintos momentos o circunstancias de su ministerio pastoral. Para esto se propone la práctica de tres distintas estrategias de readaptación, consistentes en objetivar, controlar e interpretar



valorativamente los estreses de la vida, tanto en el ámbito personal como ministerial.

### **1. Las estrategias para objetivar el estrés**

La experiencia de una percepción desproporcionada de los eventos estresores y de las propias reacciones de estrés, lleva a muchas personas a evitar el enfrentar aquellas situaciones que les parecen amenazantes, lo que se manifiesta en conductas de huida y abandono de la lucha. Ante esto es preciso desarrollar estrategias que permitan la objetivación de los eventos y reacciones estresantes, con el fin de estimular los recursos apropiados de adaptación que permitan enfrentar y eventualmente superar tales amenazas. Así, los seminaristas y novicios(as) deberían ser capacitados para no caer en una percepción desproporcionada de sus problemas —denominada como ‘fenómeno de extensión—’, mediante el desarrollo y práctica de actitudes sanas de enfrentamiento activo ante las situaciones estresantes.

### **2. Las estrategias para controlar el estrés**

El control personal ha probado ser otro elemento de trascendental importancia para el manejo adaptativo del estrés. El procurar cambiar aquello que es susceptible de ser cambiado puede ayudar a los formandos(as) a superar esa percepción de impotencia y descontrol que a menudo está presente ante los eventos y reacciones estresantes, particularmente en los casos más graves. De lo contrario, esta falta de control tiende a generar una respuesta orgánica excesiva de estrés, que entorpece el uso apropiado de los recursos adaptativos con que pudiera contarse para enfrentar las situaciones amenazantes.

### **3. Las estrategias para interpretar el estrés**

El ‘significado’ es el tercero y último concepto que parece correlacionar altamente con la experiencia del estrés, tanto positivo como negativo, y que consiste en la interpretación valorativa que el individuo hace de las situaciones tensionantes que le toca enfrentar. Por lo tanto, para el logro de una mejor ‘interpretación’ del estrés, debería promoverse en seminaristas y novicios(as) una percepción ‘cualitativamente’ más acertada de las situaciones estresantes, en términos de



los valores y significados que posibiliten una mejor adaptación al estrés. Esto, debido a que cuando las personas le encuentran sentido a sus circunstancias, por muy presionantes o difíciles que estas sean, el nivel del estrés negativo disminuye considerablemente, en comparación con el estrés que experimentan otros individuos, quienes incluso en las mismas circunstancias, las visualizan más bien como absurdas o carentes de significado.

## **La formación para una madurez afectiva en la vivencia del celibato**

Para el logro de una vivencia celibataria sana, el celibato debe enmarcarse dentro del contexto de una opción consciente y libre, que permita canalizar sanamente la sexualidad y proyectarla significativamente hacia la consecución de un propósito vital realizante; constituyéndose todos estos elementos en parte esencial de un sacerdocio y de una vida consagrada realmente maduros. En este sentido, el padre George A. Aschenbrenner, psicólogo y sacerdote jesuita, propone la necesidad de un equilibrio entre una 'soledad apacible' y una 'interacción afectuosa', proyectados hacia una 'misión realizante' y generadora de vida, como el trípode de elementos primordiales que, adecuadamente integrados, posibilitan una vivencia madura y satisfactoria del celibato (Cf. Aschenbrenner, 1985, pp.27-33). Esta visión, estrechamente relacionada con la teoría de Erikson, permite asociar la 'identidad' con la vivencia apacible de la soledad, la 'intimidad' con el intercambio significativo de afecto, y la 'generatividad' con la experiencia de una misión satisfactoria y realizante. Analicemos cada uno de estos elementos:

### **1. *El celibato en el contexto de una 'soledad apacible'***

Según el enfoque del padre George Aschenbrenner, el aprendizaje para experimentar de forma apacible la soledad y el silencio puede considerarse como un requisito necesario, desde la formación de seminaristas y novicios, para la vivencia plena del 'sentido de misterio' en la identidad sacerdotal y religiosa. Por esto, al analizar el significado de esta 'soledad apacible', él insiste en que "si no se da primacía a la relación central de soledad, a solas con Dios y en Dios,

las relaciones a nivel comunal pueden demandar una prioridad tal que lleguen a confundir, o incluso destruir, la identidad celibataria” (Aschenbrenner, 1985, p. 28), la cual debe estar fundamentada sólidamente en la vivencia de una relación personal de compañerismo con Dios.

## **2. *El celibato en el contexto de una ‘interacción afectuosa’***

Al abordar este nuevo elemento, el padre Aschenbrenner sugiere la exigencia de un balance entre la ‘soledad apacible’ y una ‘interacción afectuosa’ con los demás, como la fórmula básica requerida para que la persona célibe llegue a experimentar una auténtica paz y satisfacción en su vida a nivel psicosexual. “Aunque la raíz de la identidad celibataria”, explica él, “consiste en un compañerismo con Dios, caracterizado por un tipo singular de soledad, también una vida y una fe corporativas resultan esenciales para un servicio dedicado dentro del contexto del celibato. Puede concebirse el que una persona célibe, aún reconociendo su necesidad crítica por la oración contemplativa, que regularmente mantenga en foco su fe celibataria, debiera orar menos para estar más involucrada con la comunidad, de manera que su celibato se mantenga vivo y entusiasta en aras del servicio” (Aschenbrenner 1985, p.30).

## **3. *El celibato en el contexto de una ‘misión realizante’***

Un sentido de misión realizante, como la tercera dimensión directamente correlacionada con la generatividad, propuesta por Erikson, constituye también uno de los factores primordiales sobre los que se fundamenta la madurez en la persona adulta —complementando así el sentido de identidad y de intimidad personales—, y en estrecha relación con los otros tres elementos aquí considerados de la soledad apacible, la interacción afectuosa y la misión realizante. El padre George Aschenbrenner lo expresa con las siguientes palabras: “Además de la relación con Dios y con una comunidad religiosa, el celibato también involucra una relación esencial con el ministerio. Un ministerio creativo y responsable relaciona siempre al célibe con otros hombres y mujeres de muchas maneras. Una vez más, esta relación ministerial no constituye ni un lujo ni una conveniencia personal: Es esencial para el celibato...” (Aschenbrenner, 1985, p.29).

En relación con estos mismos tres elementos, el sacerdote y psicólogo mexicano Luis Jorge González concluye también sus propuestas para una vivencia creativa de la sexualidad, afirmando que la “apertura a la experiencia sexual, a la experiencia del otro y a la experiencia que se puede tener de Dios, significa una dinámica relacional muy profunda y amplia. Por lo mismo, todas las energías personales son requeridas por la libertad del individuo para mantenerse en relación consigo mismo, con los otros y con Dios. Y de esta suerte, hay una más alta posibilidad de evitar los desbordamientos sexuales y de emplear creativamente los mejores recursos afectivos” (González, 1981, pp.569-570).

En conclusión, resulta de gran importancia el considerar como parte de la formación sacerdotal y religiosa este ‘trípode de la vida celibataria’, con el propósito de promover una mayor estabilidad afectiva por parte de seminaristas y novicios(as), sacerdotes y religiosos(as), lo que les permitirá enfrentar más exitosamente las dificultades o desafíos de la existencia. Pues, como el mismo Padre Aschenbrenner lo señala refiriéndose a la vida consagrada —pero aplicable también con sus modificaciones a la vida de los célibes en cualquiera de sus formas—, “el celibato, como relación de compañerismo singular con Dios, requiere esencialmente de las otras dos expresiones a nivel comunitario y ministerial. Existe una cierta facilidad otorgada a la vivencia de un celibato maduro, que sólo puede surgir de una integración cuidadosamente balanceada de estas tres relaciones. El celibato no será feliz ni generativo si no logra alcanzar este equilibrio” (Aschenbrenner, 1985, p.33).

### **La madurez del formador y las áreas de formación en los seminarios**

En el documento de *Directrices sobre la preparación de los formadores en los seminarios* (1993), se presentan ciertas características de los formadores, las cuales también pueden sistematizarse conceptualmente asociándolas con las áreas de la identidad, la intimidad y la generatividad, propuestas por Erik Erikson. De esta manera, tales características constituyen una expresión concreta del papel que necesitan reflejar los sacerdotes y religiosos responsables por los seminarios y noviciados en la Iglesia, como ‘modelos’ de identidad, fraternidad





y caridad sacerdotal, al igual que como 'moldeadores' o formadores de madurez humana, espiritual, comunitaria, académica y pastoral.

### **1. El sentido de identidad y la formación para la madurez humana y espiritual en los seminarios**

Así como un sólido sentido de identidad humana, cristiana y sacerdotal representa el fundamento sobre el que se afirma la personalidad madura de un formador, su identidad particular, en tanto a la función específica que desempeña dentro de un seminario o noviciado, debe caracterizarse por un tipo de modelaje apropiado para la labor formativa, precisamente en las áreas de maduración humana y espiritual que contribuya a la formación de los candidatos a su cargo. Para esto, el Documento de 'Directrices' propone como características fundamentales en la persona del formador un espíritu de fe firme, bien motivada y formada, complementado por una adecuada madurez humana y equilibrio psíquico.

### **2. El sentido de intimidad y la formación para la madurez comunitaria en los servicios**

Al considerarse el sentido de comunión y de interacción afectuosa con los demás, como elementos de la madurez sacerdotal y religiosa dentro de la dimensión Eriksoniana de la 'intimidad', resulta claro que el formador debe asumirlos, de manera específica, en su propia vida, para poder convertirse en un buen promotor de fraternidad presbiteral y en un animador auténtico de vida comunitaria entre los seminaristas o novicios. Así lo resalta *Pastores dabó vobis*, cuando su Santidad Juan Pablo II agregaba, a la necesidad de preparación de los formadores en los niveles técnico, pedagógico, espiritual, humano y teológico, una especial aptitud relacionada con el "espíritu de comunión y colaboración en la unidad" (P.D.V., 66). Debido a esto, y en todo lo que se refiere al sentido de 'intimidad' del formador, este necesita crecer como 'modelo' de 'fraternidad' sacerdotal y religiosa, para llegar también a ser un buen 'moldeador' de madurez comunitaria en los seminaristas. En este sentido, el Documento de 'Directrices' propone como especialmente conveniente en los formadores el cultivo de características tales como espíritu de comunión, una limpia y madura capacidad de amar, al igual que una capacidad adecuada para la escucha, el diálogo y la comunión.



### **3. *El sentido de generatividad y la formación para la madurez académica y pastoral en los seminarios***

La dimensión académica y la dimensión pastoral, dentro del programa de un seminario, constituyen las áreas de formación que orientan más específicamente a los seminaristas en la dirección de su práctica ministerial como futuros sacerdotes. Por esta razón, el sentido de generatividad del propio formador, como persona y como sacerdote, influirá grandemente en el desempeño de su rol como 'modelo' de 'caridad pastoral', y como 'moldeador' de ese perfil académico y pastoral maduro, que resulta tan necesario para un auténtico ministerio sacerdotal. Para el logro de este propósito, en el Documento de 'Directrices' se sugieren primordialmente en el formador las características de un claro sentido pastoral y una atención positiva y crítica ante la cultura moderna.

### **Una propuesta para la formación humana en los seminarios**

Los siguientes puntos, que pudieran formar parte de una «Agenda Siglo Veintiuno» para la definición de un proyecto formativo en los seminarios o noviciados de América Latina, así como recomendaciones para los primeros años en la vida ministerial, se desprenden directamente del análisis de la «Encuesta sobre el abandono del ministerio sacerdotal por parte de los sacerdotes jóvenes», realizada en los años noventa por el Departamento de Vocaciones y Ministerios del CELAM, mediante una consulta con los obispos latinoamericanos (DEVYM, 1994). De acuerdo con la interpretación que el mismo DEVYM hace de esta Encuesta, se llega a la conclusión de que en «el 95% de las respuestas aparece como causa predominante de las deserciones las deficiencias en lo humano-afectivo, con todas sus consecuencias, tanto para la persona como para el ministerio mismo... [Más aún], mirando la globalidad de las respuestas se puede concluir que lo 'espiritual' debe caminar junto con lo 'humano', y que las causas determinantes nacen de lo humano debilitado y no encuentran en lo espiritual un soporte suficientemente bien formado» (DEVYM, 1994, pp. 1-2).



## **Diez puntos para una mejor formación humano-afectiva en los seminarios**

Con el propósito de aportar una respuesta coherente ante las opiniones de los obispos Latinoamericanos consultados en la Encuesta arriba citada, se hace necesario reconsiderar el sistema de formación en los seminarios diocesanos, aplicable quizás también a los seminarios y noviciados religiosos, con el fin de rescatar todo aquello positivo que se está haciendo, pero proponer a su vez la realización de nuevos planteamientos que permitan ofrecer un mejor proceso maduracional. Para esto se plantean los siguientes diez puntos:

### **1. *Cristianos comprometidos***

La selección de los candidatos a un seminario o noviciado necesita responder al desafío de cómo comprobar elementos de madurez y estabilidad en el ámbito humano, así como en el compromiso cristiano de los aspirantes, sobre los cuales se fundamente un posible llamado a la vida sacerdotal o consagrada.

Ante este desafío, convendría proponer que el proceso de admisión al seminario constate mejor el que los potenciales seminaristas sean cristianos comprometidos por más de dos años en vida eclesial activa de parroquia, pastoral religiosa o agrupaciones laicales. Dentro de este contexto, los candidatos deberían haber tenido una dirección espiritual o asesoría pastoral laical concreta, que se traduzca en una recomendación escrita y pormenorizada sobre su vida, su contexto familiar, su acción apostólica, fortalezas y debilidades, así como las razones para aspirar al ministerio sacerdotal o consagrado. En caso contrario, a tales candidatos debería recomendárseles que se incorporen en un contexto eclesial donde puedan vivir tal experiencia de maduración cristiana, previamente a una nueva solicitud de ingreso.

### **2. *Grupos de vida***

Ante un panorama generalizado de falta de formación concreta para la vida comunitaria en los seminarios y noviciados, se plantea el desafío de crear estructuras e iniciativas promotoras de auténtica fraternidad durante el proceso formativo, de manera que se dé una



verdadera prioridad al aprendizaje de la amistad y la solidaridad, así como se procura una sólida formación académica y pastoral.

Este desafío requiere de una respuesta en la que se incorpore a los seminaristas, desde el inicio mismo de su proceso formativo, en una dinámica de grupos de vida, voluntariamente conformados y bajo la supervisión de los padres formadores. En estos pequeños grupos, de cuatro a ocho miembros, los integrantes necesitan aceptar responsabilidad concreta por su propio crecimiento y el de sus compañeros en las áreas de oración, relaciones, estudio y servicio (O.R.E.S.), mediante un compromiso de apertura, confidencialidad y solidaridad entre sí, que les permita crecer en verdadera fraternidad y amistad a lo largo de su vida como seminaristas y, posteriormente, como sacerdotes.

### **3. Orientación psicológica**

En muchos de los candidatos al sacerdocio o la vida consagrada tiende a darse una situación comprobada de inmadurez psicológica, agravada a veces por desequilibrios y traumas de tipo emocional, así como por vacíos afectivos y una inadecuada formación del carácter. Todo esto plantea el desafío ineludible de procurar los recursos idóneos de especialistas en el campo de la Psicología, que brinden asesoramiento a los seminarios en todo lo relacionado con la orientación general, el psicodiagnóstico y la psicoterapia individual o grupal, como parte integral del proceso formativo.

Para esto se propone que los seminarios consigan el apoyo de profesionales en psicología u orientación que tengan un compromiso de vida cristiana, y que, a través de un proceso de acercamiento con los encargados de la formación sacerdotal o religiosa, gocen de la confianza de los formadores. Estos profesionales podrían ser sacerdotes, religiosos o laicos, que vengan recomendados mediante una consulta formulada a los obispos, sacerdotes, religiosos y líderes laicales en toda la región que atiende el seminario. Una vez escogidos aquellos profesionales idóneos, estos deberían brindar una asesoría general a los formadores y una atención específica a los seminaristas, mediante un acompañamiento individual, psicodiagnóstico o talleres especializados que promuevan la madurez humana y afectiva.



#### **4. Planes anuales de crecimiento individual (proyecto personal de vida)**

En muchos seminarios o noviciados se comprueba la ausencia de un acompañamiento individualizado y sistemático, más allá de la dirección espiritual, que permita al formador constatar el avance de los seminaristas o novicios a su cargo, en cuanto a una maduración integral para la vida ministerial. Se requiere, por lo tanto, considerar como prioritario el desafío de realizar un seguimiento más personalizado, mediante planes individualizados de crecimiento, que pudieran ser desarrollados y evaluados anualmente a lo largo de todo el proceso formativo.

Ante este desafío, y tomando como fundamento las cinco áreas de la formación sacerdotal —a saber, humana, espiritual, comunitaria, académica y pastoral—, el seminarista debería escribir, aproximadamente un mes antes de terminar el año lectivo, su propio plan de crecimiento o 'Proyecto Personal de Vida' para el año siguiente. Este plan, al cual podrían hacerse ajustes finales al comienzo del siguiente año lectivo, debe incluir metas concretas en cada una de las áreas de la formación, y puede ser desarrollado con el apoyo del grupo de vida, así como del formador o director espiritual encargado (incluyendo al psicólogo u orientador que lo atiende, en caso de darse un acompañamiento terapéutico), pero bajo la responsabilidad del propio formando. El 'Proyecto Personal de Vida' de cada año debería incluir, a su vez, una autoevaluación con base en las metas propuestas en el plan del año anterior.

#### **5. Conversión a Jesucristo**

Hoy en día los seminarios y noviciados enfrentan un enorme desafío para presentar vivencialmente a Jesucristo como el Dios encarnado, resucitado y vivo entre los hombres, quien muestra el rostro amoroso del Padre y ofrece el don de la presencia de su Espíritu Santo. Es ante este Señor, quien debe ser aceptado como dueño y salvador personal, con quien los formandos necesitan establecer una relación vital y transformadora que les posibilite vivir una vida auténticamente humana y cristiana. En este sentido, debe dársele un énfasis prioritario en toda la vida del seminario o noviciado, y muy



particularmente en los retiros anuales, en la dirección espiritual individual y en los grupos de vida, a la experiencia de una conversión profunda de cada seminarista o novicio(a) a Jesucristo. Para esto, necesitan promoverse formas más vivenciales de oración individual, lectura meditada de la Palabra de Dios, búsqueda de la vida sacramental y expresiones concretas de amor y servicio, como parte integral de una relación de discípulos con el Señor, dueño soberano y salvador de sus vidas. Esto ya lo sugerían algunos obispos y sacerdotes en un Encuentro de OSLAM en 1985, al plantear que se fomente “el aprecio por el silencio y la soledad como ámbito necesario para profundizar en el diálogo con Dios” (en OSLAM, 1995, p. 40).

## **6. Talleres sobre sexualidad, afectividad y celibato**

Diversos estudios muestran que en muchos casos de abandono del ministerio ya existía una carencia, desde los años del seminario o noviciado, que no fue observada, atendida o madurada adecuadamente, para manifestarse luego, de manera mucho más patente y a la vez incontrolable, durante la vida ministerial. Esta situación refleja el claro desafío que enfrentan los encargados de la formación de sacerdotes y religiosos, de ofrecer a los formandos un mejor proceso maduracional en las áreas relativas al conocimiento realista de la sexualidad humana, al manejo sano y equilibrado de la vida afectiva, y a la experiencia satisfactoria del celibato.

Sin embargo, debido a las intensas demandas de la vida académica que se respira en los seminarios, estos temas no pueden ser tratados de forma exhaustiva y existencialmente aplicable dentro del contexto de los cursos programados. Se requiere de otro tipo de metodología, tal como la organización de talleres anuales —probablemente para el comienzo del segundo semestre en que ya los seminaristas están individual y grupalmente más asentados—, de una semana entera de duración, y dedicados exclusivamente a la realización de presentaciones teóricas, testimonios de personas autorizadas, estudio de casos, lectura de materiales atinentes, diálogos en pares o de tipo grupal, etc., mediante los cuales se profundice, año con año, en los factores más relevantes que intervienen para el logro de un adecuado equilibrio en el ámbito sexual y afectivo, así como para la práctica de una vida celibataria productiva y feliz.



## **7. Foros dialogados**

Ante la rapidez de los cambios que ocurren en el mundo contemporáneo, y debido al continuo bombardeo de patrones, valores e ideologías contrapuestas al cristianismo, así como de prácticas consumistas, de situaciones de sobreestimulación ambiental —particularmente en la esfera sexual—, y de tendencias generalizadas de desintegración familiar y social, la Iglesia necesita enfrentar el reto inmenso de ofrecer a sus futuros sacerdotes y religiosos una formación que los prepare, no solo para sobrevivir en tales ambientes, sino para ser capaces de contrarrestarlos y contribuir a su transformación.

Conviene organizar, entonces, como parte de la vida de un seminario o noviciado, y con una frecuencia mensual o bimensual, foros dialogados continuos sobre temas de gran importancia y actualidad, tales como vida de Iglesia, ecumenismo, laicado, sexualidad, celibato, matrimonio y familia, desintegración familiar, economía y política, situaciones de miseria e injusticia, ideologías, tendencias sociales al secularismo, materialismo, hedonismo, consumismo, capitalismo, etc. Estos foros pueden incluir la participación de personas conocedoras de estos temas y que puedan compartir un testimonio vital de compromiso a nivel eclesial, sin excluir tampoco testimonios y posiciones antagónicas, que obliguen a una confrontación de criterios ante la audiencia de formadores y seminaristas. Asimismo, aprovechando las ventajas tecnológicas actuales, los foros podrían consistir frecuentemente en la proyección de videos documentales o películas dramáticas que ameriten un análisis serio de su contenido, en el que intervengan también los formadores, profesores o especialistas invitados, según los temas, para orientar la discusión al respecto. Así podrán recalcar con claridad las áreas de controversia dentro de cada tema, exponiéndose tanto las experiencias constructivas como destructivas que ocurren en la vida real, para ir promoviendo una postura cada vez más madura y crítica ante las realidades que seminaristas o novicios(as) deberán enfrentar en su vida ministerial.

## **8. Participación del clero**

Otro de los grandes desafíos que enfrentan particularmente los seminarios diocesanos consiste, no solo en fomentar un ambiente de fraternidad entre seminaristas que los prepare para apoyarse mutua-



mente en su futuro ministerio —como se mencionaba en el punto sobre los «Grupos de Vida»—, sino también en promover un verdadero acercamiento entre ellos con sus obispos y el resto del presbiterio a lo largo de toda la etapa formativa.

Para responder a esta necesidad, los obispos y sacerdotes de las diócesis representadas en el seminario necesitan participar con mayor asiduidad en la vida seminarística, en actividades formales e informales que permitan un diálogo directo con los seminaristas, de manera que estos puedan ir estableciendo relaciones de familiaridad y confianza con aquellos, así como darse a conocer de manera directa por sus futuros pastores y compañeros en el ministerio.

### **9. *Relación con los laicos***

La Iglesia actual no puede llevar adelante su misión sin una relación cercana y de mutua colaboración entre laicos, clérigos y religiosos. Sin embargo, los obispos encuestados por el DEVYM encuentran en los sacerdotes jóvenes una falta de patrones adecuados en cuanto a la relación con la mujer, al igual que relaciones de distanciamiento o sobredependencia con sus propias familias, y el establecimiento de relaciones compensatorias e inapropiadas con ciertas familias o laicos adinerados, dejando de lado, por otra parte, a la generalidad del laicado en sus planes de pastoral. Esta situación plantea el desafío específico de «educar al seminarista para una relación sana, positiva, serena y propia de un célibe consagrado, ante la mujer» (en OSLAM, 1995, p. 40), como parte de un desafío mucho más general, consistente en desarrollar mecanismos formativos que promuevan un verdadero proceso maduracional, por parte de los seminaristas, en su relación con los laicos.

Ante este panorama, es vital que los seminaristas entren en relaciones de relativa profundidad con laicos comprometidos de distintas edades y situaciones de vida. Por un lado, deberían participar frecuentemente en ciertos eventos con algún grupo seglar de pastoral juvenil que tenga integrantes de ambos sexos y de las mismas edades que los seminaristas. Asimismo, sería conveniente promover un contacto vivencial con matrimonios y familias cristianas comprometidas que pudieran acompañarlos durante todo su proceso seminarístico, permitiéndoles una relación caracterizada por visitas ocasionales a sus hogares. Todo esto contribuiría a llenar áreas de vacío en el desarrollo



previo a nivel afectivo y a un mejor discernimiento en la decisión vocacional por el sacerdocio o la vida laical.

### **10. Año de integración comunitaria (año de pastoral)**

Para muchos resulta evidente que el esquema de vida de un seminario crea un ambiente demasiado estructurado y protegido, que impide reconocer a tiempo ciertas áreas de inmadurez o deficiencias de personalidad del formando, al igual que ciertos pecados o debilidades aparentemente menores, los cuales no se hacen realmente evidentes sino hasta que el sacerdote se enfrenta solo al mundo exterior tras su ordenación. Esta situación plantea el desafío de cómo incluir, dentro del proceso formativo, una oportunidad de realizar un alto en el camino, de manera que los seminaristas puedan confrontar, sin presiones externas o apoyos excesivos, su propia realidad como personas y su llamado vocacional dentro del contexto de un mundo secularizado, el cual necesitan conocer lo más realísticamente posible, antes de su ordenación diaconal o presbital.

Ante esta realidad, sería humanamente muy enriquecedor que en algún punto avanzado del proceso los formandos tomaran un año fuera del seminario, mediante una experiencia de integración comunitaria en la que pudiera incluirse, según el caso, un medio tiempo de asignación para servir en una parroquia, bajo la supervisión del párroco, y otro medio tiempo de asistencia a cursos libres complementarios a su formación teológica de manera externa. Se insistiría en su participación activa dentro de un movimiento de pastoral juvenil o agrupación laical, así como en un mayor acercamiento, de ser posible, a su propia vida familiar. La evaluación de esta experiencia debería realizarse en varios momentos, durante el transcurso y al final de este año de integración comunitaria, tanto con los compañeros del grupo de vida, como con el párroco supervisor y el formador o director espiritual encargado de cada seminarista.

### **Tres puntos complementarios para la madurez humana en los presbiterios**

Los siguientes tres puntos complementarios, que pudieran asimismo formar parte de esta «Agenda Siglo Veintiuno», tras la búsqueda

de promover una mayor madurez humana, afectiva y espiritual en los sacerdotes y religiosos de nuestro continente latinoamericano, se refieren específicamente a la etapa posterior a la ordenación, aunque aplicables también a la totalidad de la vida sacerdotal o consagrada.

### **1. *Parroquias modelo***

El imperioso desafío que se les plantea particularmente a los obispos de la Iglesia, consiste en redefinir el inicio de la vida presbiteral como una última etapa de la formación, ya fuera del seminario, pero igualmente planificada, donde los sacerdotes recién ordenados puedan realizar un tiempo de pastoral en el que sintetizen y apliquen todo lo aprendido dentro del contexto de un ambiente relativamente protegido, y que les sirva de puente entre la vida seminarística y la práctica normal del ministerio.

De esta manera, los sacerdotes recién ordenados deberían pasar por una etapa inicial de inserción en la vida ministerial, durante por lo menos un año, que permita su asignación en subgrupos de dos o tres —los cuales convendría que coincidan en su membresía con los grupos de vida del seminario—, en «parroquias modelo», caracterizadas por una intensa vida pastoral, y bajo el cuidado de párrocos cuidadosamente escogidos por su testimonio de vida sacerdotal y por sus dones para la formación de sacerdotes jóvenes en la primera etapa de su ministerio. Esta propuesta de acción requiere, por lo tanto, de ciertos párrocos y parroquias con un «carisma» especial para este tipo de misión formativa, de manera que en cada diócesis se cuente con los recursos necesarios para llevar a cabo anualmente esta labor. Se consideraría, entonces, la designación de algunas «parroquias modelo», en las que un equipo relativamente estable de párroco y vicarios realice un trabajo pastoral amplio, con una buena comunión sacerdotal y dinámicas de acción conjunta, al que se incorporaría anualmente un equipo transitorio de dos o tres sacerdotes recién ordenados, para ser apoyados en el inicio de su ministerio presbiteral. De esta manera, al final de cada año los sacerdotes que terminan esta experiencia serían destinados a nuevas parroquias, dejando su lugar a un nuevo subgrupo de neopresbíteros que inician su vida sacerdotal.



## **2. Grupos de vida sacerdotal**

Ante el desafío impostergable que desde 1985 señalaban los obispos y sacerdotes asistentes al “Encuentro sobre el abandono del ministerio presbiteral”, celebrado en Bogotá, Colombia, de “revitalizar las estructuras ya existentes para la comunión presbiteral y crear nuevas formas (grupos, asociaciones, etc.) que, por su fuerza solidaria y de fraterna amistad, favorezcan el crecimiento humano de los sacerdotes y contribuyan a solucionar sus dificultades”, resulta primordial enfatizar de nuevo la necesidad de “educar a los sacerdotes, para que sean factores de concordia y comunión en el presbiterio, ayudando a superar las dificultades de incomunicación y su consecuente aislamiento” (en OSLAM, 1995, p. 41).

En respuesta a esta necesidad es que han venido surgiendo experiencias de ‘grupos de vida’ en muchos seminarios latinoamericanos, lo que hoy en día constituye un elemento nuevo que va modificando poco a poco la realidad de algunos presbiterios, donde ya aparecen distintas expresiones de grupos fraternos, muchos de ellos conformados desde la etapa seminarística. Se hace necesario, entonces, establecer una pastoral sacerdotal que brinde continuidad a los grupos ya existentes, y que abra nuevas opciones grupales a tantos sacerdotes que podrían beneficiarse grandemente con este tipo de vivencia comunitaria. Para este fin, convendría que los señores obispos consideraran el establecimiento, en las diócesis que presiden, de un programa flexible de ‘grupos de vida sacerdotal’, a partir de asambleas del clero diocesano en las que se describan los fundamentos de tales programas, se analicen conjuntamente las distintas formas en que los grupos fraternos pueden constituirse, y se comenten las diversas dinámicas de relación que pudieran asumir los sacerdotes participantes, como parte de su vivencia fraternal.

## **3. Formación permanente**

Finalmente, podría considerarse como el mayor desafío que enfrenta la Iglesia en los inicios del tercer milenio de la era cristiana, la necesidad de convocar y formar pastores que guíen al pueblo de Dios, ofreciéndoles la formación inicial y permanente que los equipe de manera apropiada, para realizar a cabalidad su misión pastoral en



medio de un mundo secularizado que tanto requiere la presencia del Reino de Dios. En otras palabras, tal y como se define la formación permanente en el *Directorio para el Ministerio y la Vida de los Presbíteros*, esta “es un medio necesario para que el presbítero de hoy alcance el fin de su vocación, que es el servicio de Dios y de su Pueblo” (Directorio, 71).

A este respecto, es claro que la formación sacerdotal y religiosa no termina nunca. Por tanto, la Iglesia necesita inculcar en sus ministros la convicción de que el proceso iniciado en los seminarios y noviciados debe continuar a lo largo de sus vidas. Para esto, los presbiterios deberían organizarse a nivel diocesano, regional y nacional, para definir sus necesidades de formación permanente, a corto, mediano y largo plazo, como parte de un proceso sistemático y personalizado, que les permita realizar cada etapa de sus vidas recibiendo el apoyo necesario para la vivencia de un ministerio fructífero y realizante.

## Conclusión

En la carta a los Filipenses, San Pablo presenta la paradoja de Jesucristo quien, teniendo las prerrogativas inherentes a su divinidad, escogió más bien adoptar plenamente la condición humana con el fin de cumplir, hasta las últimas consecuencias, el significado de su misión en la tierra (Fil. 2, 5-11). Ante tal ejemplo de coherencia y madurez, llevadas a su plenitud, San Pablo no cesa de exhortar a los cristianos a recorrer también el mismo camino, “hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento pleno del Hijo de Dios, al estado de hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo” (Efesios 4, 13). Esta misma exhortación es preciso aplicarla, quizás hoy más que nunca, a la formación en la dimensión humana, a imagen de Jesucristo, que debe ofrecerse en seminarios y noviciados.

48

Por tal razón, convendría recordar nuevamente que las verdades más profundas se expresan a menudo en los términos más simples. Es así que evocando la enseñanza que muchos aprendimos de niños en el viejo catecismo, adquiere hoy un nuevo significado la respuesta a la pregunta de “¿para qué estamos en este mundo?”, la cual rezaba: “Para conocer, amar y servir a Dios, y así llegar al Cielo”. Solo bastaría

añadir, a manera de conclusión, que es en el conocimiento de Dios donde se adquiere la verdadera identidad; en el amor a Dios donde se aprende el amor a los semejantes; y en el servicio a Dios donde se genera vida abundante, para una cosecha de buenos frutos que perdure hasta la vida eterna.

## Bibliografía

- Arizmendi Esquivel, Felipe. **“Causas del Abandono del Ministerio Presbiteral en América Latina”**. Boletín OSLAM, No. 28, Santafé de Bogotá, 1995.
- Aschenbrenner, George A. **“Celibacy in Community and Ministry”**, “Human Development”, 1985, Vol VI, The Jesuit Educational Center for Human Development, EE.UU.
- Battisti, Anuar. **“Causas de la Deserción del Ministerio Sacerdotal en América Latina: Presentación”**. Boletín OSLAM, No. 28, Santafé de Bogotá, 1995.
- Congregación para la Educación Católica (para los Seminarios e Institutos de Estudio). **“Directrices sobre la preparación de los Formadores en los Seminarios”**. Roma, 1993.
- Congregación para el Clero. **Directorio para el Ministerio y la Vida de los Presbíteros**. Ediciones Tripode, Caracas, 1994.
- Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) - Departamento de Vocaciones y Ministerios (DEVYM), **“Síntesis de las Principales Causas del Abandono del Ministerio Sacerdotal por parte de los Sacerdotes Jóvenes en el Período de la Formación”**, (Doc. de Trabajo), Santafé de Bogotá, 1994.
- de Mézerville, Gaston. **“Madurez sacerdotal y religiosa: Un enfoque integrado entre Psicología y Magisterio” (Tomos I y II)**. Centro de Publicaciones del CELAM. Santafé de Bogotá, 1999.

### **Exhortaciones Apostólicas del Magisterio reciente:**

- **Christífideles Laici**, “Sobre la vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo”, Exhortación Apostólica Postsinodal de su Santidad Juan Pablo II, Librería Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano, 1988.
- **Pastores Dabo Vobis**. “Sobre la Formación de los Sacerdotes en la Situación Actual”, Exhortación Apostólica Postsinodal de su Santidad Juan Pablo II, Librería Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano, 1992.
- **Vita Consecrata**. “Sobre la Vida Consagrada y su Misión en la Iglesia y en el mundo”, Exhortación Apostólica Postsinodal de su Santidad Juan Pablo II, Ed. San Pablo, Santiago de Chile, 1996.
- Erikson, Erik H. **“Infancia y Sociedad”**, Ediciones Hormé S.A., Buenos Aires, 1966.
- Frankl, Viktor E. **“Man’s Search for Meaning: An Introduction to Logotherapy”**, Pocket Books, New York, 1973.
- González, Luis Jorge. **“Experiencia de Dios y Celibato Creativo a la luz de la actual Psicoterapia”**. Revista Medellín. Santafé de Bogotá, 1981.
- Organización de Seminarios Latinoamericanos del CELAM (OSLAM). **“Causas de la Deserción del Ministerio Sacerdotal en América Latina: Presentación”**. Boletín OSLAM, No. 28, Santafé de Bogotá, 1995.